

# Las astucias de la identidad. Figuras, territorios y estrategias de lo social contemporáneo

Gabriel Gatti e Iñaki Martínez de Albeniz (coordinadores)

Bilbao: Servicio Editorial Universidad del País Vasco, 1999.

La primera impresión que produce la lectura de esta obra es una especie de alegría. Viene a confirmar la salida del túnel del autoritarismo y la heteronomía que han atravesado las ciencias sociales en la academia española. Entre las muchas cosas que la dictadura dejó atadas y bien atadas estaba una academia jerarquizada, empeñada en su propia reproducción y en ser mera traductora de lo producido fuera. La LRU y otras iniciativas de corte ilustrado a duras penas fueron produciendo grietas en esa estructura feudal, que todavía guarda viva memoria de su origen y control eclesiástico y de su refundación falangista, especialmente en las facultades de ciencias sociales y humanas.

Las voces de-dentro-y-de-fuera de la academia, las voces fronterizas y liminares aquí reunidas, con una importante presencia de gentes formadas en Iberoamérica o en otros lugares de Europa, representan una bocanada de aire fresco. El mismo modo autónomo, dialógico, democrático e irónicamente comprometido que ha caracterizado a los encuentros que aquí se reflejan, especialmente en los tonos y maneras de las réplicas, es la mejor razón para la esperanza. Se abre una puerta por la

que expulsar el quijotismo de las y los científicos sociales españoles, situando en su lugar unas prácticas científicas que, sin reprimir la originalidad, más bien lo contrario, alentándola, pongan por delante la creación de cauces comunes para el trabajo en equipo, la comunicación y la discusión.

Las escuetas autobiografías académicas, irónicas y astutas que clausuran el volumen, no son elemento casual. Son parte y efecto de una práctica sociológica que cansada de esperar a que le dejen espacio se lo crea ella misma y que, sabiéndose comprometida políticamente, evita que ese compromiso le sirva, como a sus antecesoras, de coartada o legitimación para sostener su propio discurso y permanecer sorda a otros. Su conciencia de «parásitos» de la academia, con respecto a la que se encuentra «des-plazados», sin plaza, les permite y les obliga a ubicarse en sus límites. Por ello, por la internacionalización de sus procesos de formación y por la competitividad de sus saberes se están viendo abocados a convertirse en la primera generación postfranquista que se inserta plenamente y de forma generalizada en la producción científico-social europea.

El peligro está en que terminen convirtiéndose en población intelectual flotante, más próxima a los cientos de becarios postdoctorales en el extranjero, a los que nadie parece querer recuperar, que al ideograma liberal e ilustrado de K. Mannheim; la oportunidad, en que logren su objetivo de crear «un espacio generacional» y desarrollar «una sociología astuta»; y el reto, en que puedan, quieran y sepan perseverar en el trenzado de la red que han configurado y que se abre a otras similares y diferentes.

Nada de lo anterior impide que también haya problemas y confusiones en este grupo de «jóvenes sociólogo/as». Se nos anuncian análisis de figuras, territorios y estrategias de esa entidad astuta que serían las identidades colectivas, realizados por identidades personales no menos astutas y más conscientemente ubicadas en posiciones de tránsito. Sin embargo, en las dos partes más extensas del libro, las que versan sobre figuras y territorios, ni la mitad de los textos responden a ese propósito de mapeado. Y en la mayoría de los que lo intentan se nos proponen nuevos mapas, no nuevas formas de trazarlos, cuando esa indagación es nuestro más urgente cometido, como nos recuerda (p. 146-7) G. Abril.

Como en cualquier compilación o encuentro científico hay una importante y enriquecedora heterogeneidad de discursos, al igual que una serie de elementos comunes a la mayoría de los textos. De entre éstos me gustaría resaltar dos. El primero y más explícito es el haberse centrado en el estudio de las identidades. Sin afirmarse explícitamente, se está señalando que la investigación de los límites,

paradojas, mapas y procesos constitutivos de distintas identidades es hoy el tema con más potencial de renovación en las ciencias sociales. Así parece, por otro lado, tanto en las investigaciones de lo micro (psicología social, antropología, etc.) cuanto en las de lo macro (recordemos el segundo volumen de *La era de la Información* de M. Castells).

Me temo, sin embargo, que la identidad se está convirtiendo más bien en uno de los pocos reductos en los que parece posible seguir aplicando las categorías analíticas que han sido dominantes: es una especie de barrera de contención ante la transformación categorial (los nuevos mapeados) que vienen necesitando nuestras ciencias. Seguir afeerrados a la búsqueda de identidades en medio de una realidad tan cambiante y mestiza puede ser un mecanismo de rechazo a las lógicas de la diferencia y un afianzamiento de los procesos de diferenciación. De la matriz cerrada y autocomplaciente de la razón —de la razón y sus astucias— se pasa a su remedo en la matriz siempre igual a sí misma de la identidad —de la identidad y sus astucias—. Pero este movimiento más que proteger al humanismo y al cientifismo, que engendraron nuestras ciencias, puede terminar estrangulando a sus herederos. No debe extrañarnos por tanto que, a pesar de lo que anuncian, la mayoría de estos trabajos termina, como reconoce G. Gatti (269-71), por resaltar procesos, estrategias y tácticas de identificación, y por centrarse en la constitución fronteriza y liminal de las identidades. Algunos de los mejores trabajos, como los de E. Gutiérrez y E. Casado, no dudan en terminar haciendo danzar la identidad al son de la diferencia, la contestación y la inestabilidad. Invierten así la lógica que la ha caracterizado.

Quizá sea esa tensión lo que lleva a algunos de los y las analistas de los territorios (y a I. Martínez de Albeniz) a lanzarse con gran atrevimiento y desiguales resultados a abordar la «piedra fundamental del trabajo sociológico», sea esta la situación a ambos lados de la visibilidad sociológica, los engranajes del orden social y la solidaridad, la secularización o religación social o la nominación que ordena la sociedad. Tal abordaje también puede ser efecto de la recurrente y ritualizada crisis de las sociedades modernas y sus ciencias, o de esa «edad de crisis y transformación» en que se sitúa la escritura de estos trabajos.

El segundo elemento común que quiero comentar es el evidente y a veces explícito asentamiento en las epistemologías constructivistas. Hijas e hijos del postpositivismo, habitan en alguna de las formas en que las ciencias sociales asumen la historicidad y la naturaleza cognitiva o discursivamente construida de su «objeto» de consideración. Ni los datos son autónomos respecto a las conceptualizaciones, ni

los hechos sociales dejan de ser constituidos en parte por la producción sociológica misma. Es una ubicación epistemológicamente compleja, pero ineludible actualmente, que les facilita algunos movimientos y les hace perderse en otros. Ejemplo de los primeros son la inteligente crítica que M. Rodríguez Fouz realiza del acartonado voluntarismo que hoy alimenta el pensamiento «crítico» de J. Habermas; así como la actualización de la tradición fenomenológica a manos de A. Lasén, cuyo interesante despliegue de las mediaciones e intervenciones de lo imaginario conlleva tanto la reproducción de dualismos (vida cotidiana-ocio) y rupturas (entre espacio y tiempo) contraproducentes, cuanto la muestra de la gran potencia hermenéutica de par virtual/actualizado. Ejemplos de los extravíos que produce los encontramos en esa injustificada elección propuesta por D. Casado entre una sobre-simplificación de cómo intervienen las categorías sociales en la articulación de las identidades y su transformación inexplicada y poco fructífera en el caso de la categoría «edad»; o en ese desplazamiento, realizado por J. Pascual, de lo que podría haber sido un análisis y defensa del «razonamiento retribalizador» hacia lo que termina siendo una insostenible fábula de buenos y malos.

En esos casos el constructivismo no bien digerido lleva a perderse en el bosque de medios de representación o en los meandros de la pura forma narrativa. En otros produce una añoranza por la estabilidad que, en G. Gatti y E. Casado, por ejemplo, se expresa en la pretensión de definir la ontología de algunas entidades sociales. Lo importante es que, de forma general, el constructivismo les plantea implícita o explícitamente distintos problemas, comunes a la mayoría de los enfoques científico sociales actuales, que afectan a la relación entre sujeto cognoscente y sujeto conocido y a las relaciones entre constructo científico-social, «dato» sociológico y hecho social. De entre esos problemas sobresalen dos cuestiones: i) la naturaleza discursiva del «objeto» descrito y analizado; y ii) la tematización preferente de la juventud, objeto y sujeto del texto.

i) El giro textual se muestra de diversas y variadas formas. Se manifiesta incluso en el hecho de que la «estrella invitada» haya sido uno de nuestros mejores semiólogos, G. Abril, que no pierde la oportunidad de ofrecernos una renovada y sugerente cartografía de los territorios sociales y semióticos emergentes. La aplicación hábil de la semiótica y el análisis de discurso permite a P. Francescutti mostrar la riqueza sociológica de materiales normalmente despreciados, como el fenómeno ovni. En este caso, y en el uso de la retórica que hace E. Casado, quizá falta el retorno a la materialidad

social, que E. Gutiérrez reclama cuando concluye (p. 267) su deconstrucción de la autobiografía de una emigrante afirmando que ésta se convierte en una «figura de síntesis», que se nutre de la materialidad (económica y desiderativa) del sujeto y de la estructura. En otros casos, como el de J. Pascual y, en parte, en el uso de los «mundos paralelos» que hace A. Lasén hay una sobrevaloración de lo literario que resulta más peligrosa por idealizante o desmaterializadora.

La dificultad de asumir en las ciencias sociales el llamado giro lingüístico o textual, que ha hecho del lenguaje y lo discursivo el centro de los estudios filosóficos (de L. Wittgenstein a R. Rorty) y un determinante fundamental de la realidad social (de M. Foucault a C. Geertz), se ha puesto más que de manifiesto en la dificultad que han tenido la mayoría de las y los científicos sociales españoles para evitar tanto su negación o silenciamiento cuanto su acrítica asunción o aplicación. La creciente naturaleza virtual y simbólica de los constituyentes tecnológicos y económicos de nuestro mundo no ayuda a una asimilación equilibrada, a la vez que hace absolutamente inexorable su reconocimiento. Es por ello necesario reseñar la consciencia y el arrojo con que aquí se ha asumido tan compleja tarea, arrojando problemas y tensiones. Junto a los ya indicados convendría recordar la excesiva cautela con que I. Iriarte aborda su interesante reflexión sobre el carácter textual de la práctica sociológica, que le impide culminar su propuesta. En el polo opuesto estaría la apuesta arriesgada y no muy bien argumentada (aunque para mí acertada) que I. Martínez de Albeniz hace en favor de una política de nominación que desborde la «agujetas» y anquilosamientos del «orden enciclopédico» y se sitúe en la heterogeneidad de los «parecidos de familia» y de la constitución de redes de actores-objetos.

ii) La juventud es el centro de tres de los trabajos, pero indirectamente y como condición de producción de los textos aparece en casi todos ellos. Entre los primeros encontramos el interesante repaso histórico de la conceptualización de la juventud que lleva a I. Irazuzta a mostrar que hoy no hay razones para hablar de la juventud como de un grupo social, ya que más bien parece «un periodo de pasaje», «el lugar donde nace lo nuevo». Sin embargo, su conclusión, además de expulsar injustificadamente lo corporal (siempre molesto para el

idealismo), hace aparecer de repente «un sujeto universitario desclasado y desplazado» como ese lugar de lo nuevo, que, supongo, él y sus colegas encamarían, ¡Uy, perdón! representarían, quería decir.

Creo que más que de «Sociología joven» habría que hablar de Sociología rejuvenecida, que agrupa desarrollos y apuntes esperanzadores de jóvenes científicos sociales formados dentro y fuera de nuestras fronteras y nos saca de nuestro creciente anquilosamiento. Es cierto que su voluntad de cuestionar los modelos dominantes les lleva a ciertas contradicciones o confusiones, como cuando E. Porqueres y Gené, queriendo cuestionar el modelo de Bourdieu para el análisis de los matrimonios, confunde su propia opción por un análisis genealógico con el modelo «semántico» de C. Lévi-Strauss. Pero ello no es óbice para que su tesis de que la peculiaridad de la institución matrimonial occidental —especialmente en los países católicos— es la que, curiosamente, hace que ésta cumpla semejantes papeles socio-estructurales que en otras culturas, pueda resultarnos tan fructífera como la de los gigantes sobre los que se monta. De esta y otras formas es como sus propuestas nos resultan novedosas, prometedoras y rejuvenecedoras.

Con ellos y ellas, la Sociología española llega a su madurez, a su homologación generalizada con el resto de Europa y al punto donde ya es exigible la voz propia y el mutuo reconocimiento y colaboración. Es un reto insoslayable para sus hermanos y hermanas mayores. Para ellos mismos supone el final de una excusa que hasta aquí les habría permitido no asumir plenamente las consecuencias de la propuesta que dejan entrever (A. Davila) o que meramente nombran (J. A. Santiago). Lo que ha quedado atrás con este libro es precisamente su juventud sociológica, su estado de transición a la posición adulta en la Sociología. Ya no podrán seguir rechazando completamente las negaciones y exclusiones que el conocimiento produce, pues son ellas las que, en parte, lo hacen posible. Tendrán que asumir con responsabilidad las negaciones y exclusiones que sus propuestas cognitivas conllevan, o pasar a engrosar las filas del grupo de los hipercríticos, que deniegan una y otra vez sus privilegiadas condiciones de posibilidad. Más que «desplazados», su propio trabajo les ha dejado emplazados.

**Fernando J. García Selgas**

# Itinerarios transculturales

James Clifford

Gedisa, Barcelona, 1999

«Cuando llegué por primera vez a ese tranquilo rincón del delta del Nilo, esperaba encontrar, en ese suelo tan antiguo y asentado, un pueblo establecido y pacífico. Mi error no pudo haber sido más grande. Todos los hombres de la aldea tenían el aspecto inquieto de esos pasajeros que suelen verse en las salas de tránsito de los aeropuertos».

Amitav Ghosh, «El imán y el hindú».

Todo intento de comprensión y definición de la época en la que vivimos parece estar condenada al uso del vocablo «globalización» como conveniente artefacto que define la centralidad de los movimientos generalizados de interconexión a escala planetaria, ya que el fenómeno de la movilidad, el movimiento, el viaje, es un elemento especialmente constitutivo de lo que se ha venido en llamar «postmodernidad». Pero quizá cabría distinguir entre un movimiento materializado en la experiencia del viaje, tan antiguo como la humanidad misma, y los movimientos veloces de mercancías, información y personas que conforman la fugacidad característica de los ritmos asociados al fenómeno de la denominada postmodernidad.

James Clifford nos propone en sus *Itinerarios transculturales* una tarea paradójica: *un viaje a través del viaje*, entendido precisamente como experiencia histórica permanente y elemento constitutivo de la cultura y las identidades. Movimientos de desplazamiento a través de la antropología que conducen a la reflexión en torno a las concepciones clásicas de la cultura y a la posibilidad de articular un más allá, de revisar y profundizar en nuevas meto-

dologías y nuevas posturas epistemológicas para la investigación etnológica, entendiendo el viaje como término de traducción, como movimiento que genera un contacto con realidades percibidas previamente como externas y que pueden devenir espejo o trama para la comparación.

La centralidad de la experiencia del viaje, el no considerarlo como mero medio, el adentrarse en los movimientos que provoca, altera considerablemente el prisma desde el que generalmente se observa y se construye el fenómeno de la cultura: la identidad y la cultura no se detienen, circulan, viajan permanentemente, no hay inamovibles entidades molares, extremos localizables y clasificables en un espacio-tiempo detenido. Este concepto de viaje, incorporando numerosas prácticas de interacción, rompe con el localismo propio de muchas concepciones tradicionales de la cultura, que circunscriben una supuesta existencia social auténtica a lugares cerrados, que sitúan en la residencia la base local de la vida colectiva y que otorgan al viaje la categoría de mero suplemento. Por el contrario, lleva a concebir las prácticas de desplazamiento como constitutivas de significados culturales, superando su papel clásico de simples extensiones o transferencias.

Estas consideraciones evidentemente tienen consecuencias en la labor antropológica y en el trabajo de campo en particular, ya que provocan, en primera instancia, la ruptura entre lo que podríamos denominar como una «residencia intensiva» y la emergencia de una renovada «residencia en viaje». El antropólogo o la antropóloga son cada vez menos viajeros originarios de un centro metropolitano que visitan y estudian a «nativos locales» periféricos y se caracterizan, cada vez más, por un trabajo de campo que lejos de ser residencia localizada constituye experiencia de encuentros en viaje, en el que no se observa unilateralidad alguna y en el que todos los términos están en movimiento: la residencia intensiva se agota para dar lugar a una residencia en viaje, proceso que incluso resulta más antiguo de lo que en un primer momento pudiera imaginarse y que marca una ruptura importante con las concepciones clásicas del trabajo antropológico.

Clásicamente se ha construido el concepto de «campo» como práctica espacial con estilo, calidad y duración específicos, protagonista de un ideal metodológico y concebida como lugar concreto de actividad profesional. Para el antropólogo y la antropóloga supone una realidad de residencia desplazada que pone en marcha experiencias de interacción marcadas por la observación participante y la puesta en práctica de habilidades comunicativas reales y directas. Pero al insistir en el viaje como lo hace Clifford, este campo, conjunto o escena que vertebra y ordena el espacio y el tiempo en una forma total representa-

ble, se parece tanto a un sitio de encuentros de viaje como a una residencia, «es menos una carpa en una aldea o un laboratorio controlado o un lugar de iniciación o habitación que un hall de hotel, un café de ciudad, un barco o un autobús. Si repensamos la cultura y su ciencia, la antropología, en términos de viaje, la tendencia orgánica, naturalizante, del término «cultura» –vista como un cuerpo enraizado que crece, vive y muere– queda cuestionada» (p. 38).

Se trata, en primera instancia, de hacer vivible el deseo de enfrentarnos a un legado antropológico vital y complejo: el papel del viaje lejos del hogar en la constitución del trabajo de campo, preguntándonos, para empezar, por qué esta actividad es un rasgo central de la autodefinición disciplinaria para, más allá, constatar que los centros culturales, las regiones y espacios delimitados, no son anteriores a los contactos, sino que se consolidan a través de estos, apropiándose de los movimientos de personas y disciplinándolos en este proceso: la conexión intercultural es la norma, resulta ridícula toda pretensión de búsqueda de tradiciones puras claramente diferenciadas culturalmente.

En este sentido, cobra una enorme importancia el concepto y la experiencia de la *frontera* como zona de contacto, como espacio en el que se desarrolla la configuración y reconfiguración de las identidades. Esto supone, básicamente, que en antropología debemos articular los procesos locales y globales desde una epistemología relacional y no teleológica, no presuponer totalidades socioculturales preconstituidas que luego se relacionan, sino sistemas ya constituidos de ese modo, por esa relación. Así, Clifford nos propone el desarrollo de un interés por la frontera desde la frontera misma, pues ubica su

práctica académica en el límite entre «una antropología en crisis y unos estudios culturales transnacionales en gestación» (p. 19), incidiendo en las zonas de contactos, bloqueados y permitidos, controlados y transgresores, describiendo una frontera allí donde, a juicio del propio autor, la antropología profesional parece haber erigido un confín.

En la frontera se toma postura frente al mundo que se habita, se piensa históricamente situándose uno mismo en el tiempo y en el espacio. La complejidad con las victoriosas consignas postmodernas de la globalización y la homogeneización chocan contra el compromiso de una antropología que no adivina más que incertidumbres y que rastrea en las fallas de ese supuesto proceso singular y homogeneizante. Cuestionarse tal proceso supone entender que «la realización de la cultura incluye procesos de identificación y antagonismo que no pueden ser totalmente controlados» (p. 20), indagar en las posibilidades de resistencia existentes dentro y contra las determinaciones globales.

Desde esa compleja labor hermenéutica que parte de la categoría de posibilidad, desde ese intento de disutopía antropológica que pone en marcha Clifford, parece que las articulaciones presentes de la «diáspora», los viajes y contactos transnacionales no indican una dirección histórica única. No puede haber más que intentos de aprehensión de nuevos órdenes de diferencia, investigaciones sobre las formas de transnacionalismo que realmente favorecen la democracia y la justicia social, intentos de hacer operativas nuevas esperanzas e incertidumbres lúcidas.

**Ángel Luis Lara**

# Perdidas en el espacio. Formas de ocupar, recorrer y representar los lugares

---

Asun Bernárdez (Coordinadora),  
Huerga y Fierro editores  
Madrid, 1999

---

La irremediable búsqueda de anclajes y orientaciones en un mundo que no alcanzamos a comprender se torna, una vez más, argumento indiscutible de una obra que indaga en los intersticios cartográficos de nuestras identidades y nuestras posiciones. Puede surgir cierto desasosiego en un primer golpe de vista al texto al fijar la atención en su contundente título, un *Perdidas en el espacio* que permite al camino de la intuición atisbar una multiplicidad de posibilidades, no todas ellas a acoger con igual entusiasmo, sobre el discurrir de sus contenidos.

Y es que pese a la obligada cautela con que se enfrentan los prejuicios, cuesta no temer discursos apocalípticos y agónicos sobre mundos grotescos y desalmados, o visiones enternecedoras sobre futuros ¿posibles? por los que *debemos* luchar, polos en los que se sitúan muchos de los trabajos –no siempre menos interesantes por ello pero intensamente aburridos y reiterativos, cuando no banales– que se ocupan de diagnósticos inminentes de nuestra contemporaneidad.

Por suerte, las sospechas menos prometedoras quedan zanjadas pronto y, lejos de regocijarse en los lamentos, el producto de la VI edición del seminario «Género y Comunicación» recogido en este

libro constituye un punto de encuentro sólido y apasionado que muestra la posibilidad real de construir los espacios anhelados por las autoras.

Las coordenadas género-espacio articulan el eje que atraviesan las diversas propuestas, ocupadas en un recorrido por los diferentes estratos en que se establece nuestra percepción espacial y nuestra relación con el afuera: desde la *encarnación* conflictiva de nuestros lugares (C. Peñamarín, A. Bernárdez y M.<sup>a</sup> J. Sánchez Leyva) hasta la ocupación responsable del entorno territorial y mediático (C. Vega, J. Martínez y M. Guadarrama), pasando por una interesante acentuación de la potencialidad reivindicativa y constructiva de la representación artística (O. García Valdés, E. Otero y B. Hernanz).

Todo ello partiendo de una situación (consciente) de desorientación –estar/parecer perdidas– de la que se (re)apropian como estrategia –perderse– para «*cuestionar la visión universal e indivisible de la realidad, y proponer una manera crítica de situarnos*» (p. 7), como nos anuncia A. Bernárdez en la introducción.

Y al despegarse del núcleo temático que organiza su conexión se emprenden heterogéneos bagajes discursivos –propio sin duda de toda compilación– que desembocan en algunos *encuentros* significativos. Vamos a esbozar aquí algunos de ellos. En primer lugar me referiré a la insistencia sobre una necesaria (re)espacialización social: situada, procesual y dinámica.

De un lado la perspectiva de un mundo globalizado que resulta inmenso, lejano, vertiginoso... y del otro, la posición de «otredad» que ocupamos las mujeres frente a un sujeto con identidad definida: hombre, blanco, heterosexual... obligan a incidir en la (re)definición de los espacios, tanto físicos como simbólicos, que habitamos. Algunas de las autoras se arriesgan incluso a proponer su creación original: M.<sup>a</sup> J. Sánchez a través de un acercamiento, vagamente esbozado, al concepto de *redes* de D. Haraway en un intento por mostrar las paradojas, incoherencias y reproducciones del sistema patriarcal que provoca el mantenimiento de un concepto acríptico y ahistórico de lo público. Reivindicación de un nuevo espacio también por parte de B. Hernanz, que recorre un interesante camino de deconstrucción dramaturgica para llegar a mencionar un lugar, bastante difuso, de emancipación que supere las dualidades de género.

Otras se repliegan en los espacios conocidos explorando sus trampas y sus porosidades para reapropiarse de ellos y acotarlos a sus intereses –se acentúa la multiplicidad de perspectivas y formas de mirar (y ser vistas) que encierran las categorías espaciales–, fijándose M. Guadarrama en su uso y su capacidad performativa a través de los medios

de comunicación de masas y C. Vega en la potencialidad del *espacio vivenciado* como herramienta analítica y como experiencia narrativa útil de un universo simbólico cambiante.

El segundo de los *encuentros* que voy a mencionar se refiere a la convicción absoluta sobre la imposibilidad de seguir *viendo* la realidad social en base a opuestos conceptuales cerrados que alimentan coordenadas fijas. Un diagnóstico que no es para nada novedoso y que, además, forma parte de las premisas de las que nacen algunas de las argumentaciones más relevantes y fructíferas de la teoría social actual. Sin embargo es de vital importancia, creo, incidir sobre ello, ya que modifica sustancialmente la tradición sociocognitiva moderna y desvía foco (objeto) y enfoque (sujeto) a posiciones imbricadas entre sí. Así, –Artificial/natural (A. Bernárdez), público/privado (M.<sup>a</sup> J. Sánchez), realidad/ficción (E. Otero y J. Martínez), sujeto/objeto (C. Vega y J. Martínez), femenino/masculino (B. Hernanz)... son ejemplos de los binomios que quedan difuminados al emerger sus conexiones, transparencias e hibridaciones: la frontera se hace protagonista–. Pero surgen peligros cuando se sustituye una polaridad por su híbrido, cuando el límite se cierra categorialmente en ambigüedad estática (J. Martínez) o/y cuando, en el otro extremo, se persigue la construcción del «tercer concepto» –tercer espacio– como escape/negación de la dicotomía matriz (B. Hernanz).

Y del mismo modo se producen aciertos, incompletos algunos y consistentes otros, al hacer hincapié en la descripción de los procesos a través de los cuales se construyen figuras como la del *cyborg* (A. Bernárdez), se (re)habilitan espacios como el literario (E. Otero) y se proyectan mapas trazados por *desplazamientos* (C. Vega).

Uno de los mejores trabajos con los que nos encontramos, el de C. Peñamarín, sintetiza en sus argumentaciones todos los retazos que parecen sugerirse en el resto de los textos. Su defensa explícita de la narratividad para construir nuestras identidades y la propuesta de subjetividades concretas –el estilo ético de las mujeres– a tener en cuenta como ficciones posibles, constituye la edificación teórica más elaborada y trasluce la imagen de un sujeto que se construye (y se imagina) desde una posición responsable y encarnada pero carente de asideros predefinidos, un sujeto que se aleja de su representación moderna (coherente e íntegra).

Al diagnóstico de este mismo sujeto vinculado contribuyen otros discursos, los que nos permiten llegar a un tercer *encuentro*, como el de A. Bernár-

dez en un brillante repaso por la construcción social de la corporalidad en el último siglo, pese a que su relato no alcanza a culminar en una orientación concluyente; y el de O. García Valdés, quien a través de su concepción emancipatoria del arte, articula dos formas de narrar/crear y narrarse/crearse problematizando el concepto de identidad en una de las lecturas que, junto a la de E. Otero, resulta más placentera.

Las ausencias del texto también son relevantes, ya que ayudan a comprender la perspectiva de un relato parcial, incompleto, en construcción constante... si bien al mismo tiempo provocan ansiedad al no hallar algunos desenlaces esperados y necesarios. Entre dichas ausencias o desencuentros destaca cierta falta de precisión teórica de las propuestas, algo que puede no ser finalidad pretendida de esta compilación –cuya intención se acerca más al diagnóstico y la insinuación de posibilidades–, pero sobre lo que se debe seguir insistiendo si queremos habitar espacios mirando desde «*el ombligo del monstruo*» (Haraway).

Posición que, por otra parte, no deja de crear inconsistencias y quiebras en la cabeza de muchas. La constante sensación de búsqueda, de demanda de respuestas, de luchas por representarnos, produce la multiplicación de incoherencias, de expectativas y de agotamientos, por lo cual, a veces, zambullirse en el vacío resulta satisfactorio y gratificante, un paseo arriesgado y sorprendente por caminos no explorados. Dura y sería tarea la de *perderse*: para buscar, para desaparecer, para *no* encontrar, para encontrarnos...

Podemos concluir así con la grata confirmación de un incesante despliegue de tácticas capaces de (re)conducirnos, en los momentos precisos, hacia las proximidades de algún punto de equilibrio. Si alguna sensación transmite esta condensación de discursos no es de extravío, sino más bien de sugerencias hacia lo contrario: un trazo de *recorridos* que pretenden ser fugaces y firmes al mismo tiempo, que derraman (pretendida) inconsistencia y reclaman seriedad, recorridos transitables y transitorios. Si es cierto que, como sostiene C. Peñamarín, «*nos sobran mapas (...) pero nos faltan relatos*» (p. 22) que iluminen nuestras desorientaciones, llega el momento de prestar atención a iniciativas y voces como las que pueblan esta obra: historias propias y apropiables para seguir jugando a perder(nos) y encontrar(nos) en la proximidad y en el abismo.

**Beatriz Cavia Pardo**

# Transexualidad, transgenerismo y cultura. Antropología, identidad y género

José Antonio Nieto (compilador)

Madrid, Talasa Ediciones, 1998

Si la medicina, junto con la psiquiatría y la psicología, tornaron su mirada hacia la homosexualidad a finales del siglo XIX con grandes repercusiones en las formas disponibles de pensar y actuar sobre nuestros cuerpos y sexualidades, ¿qué tipo de intereses y estilos gestionan la mirada experta hacia la transgenericidad? El transgenerismo aparece en los años setenta distinguiéndose del «transvestismo» ocasional y de las personas que optaban por un cambio de sexo o «transexuales». Desde finales de los años ochenta el fenómeno transgenérico, bajo el lema de la maleabilidad del género, acoge un sinfín de rasgos y formas, de colectivos y, en última instancia, *personas que sienten que lo que realmente quieren hacer es ponerse ropas del otro género (cross-dressing) o moverse entre los límites, gente que encuentra satisfacción en la cirugía o en otra suerte de posibilidades intermedias*<sup>1</sup>. En la actualidad la comunidad transgenérica alberga, entre otras formas posibles, transvestidos, *cross-dressers*, transexuales, *drag queens*, *drag kings*, *bull dykes*, andróginos, intersexuales, *queers* o torcidos.

La compilación de José Antonio Nieto, *Transexualidad, transgenerismo y cultura*, desafía visiones que promulgan que la sexualidad compete exclusivamente a los expertos del cuerpo y la psique, con el propósito de contribuir a que las ciencias sociales se distancien del *modelo absolutista y universalista, mecanicista y despersonalizado de la medicina ante la sexualidad* (Nieto, p. 5). Los dos trabajos inéditos (los capítulos de Nieto y de Garai-

zabal), junto con la reedición de once trabajos publicados desde mediados de los setenta, permiten a esta colección abordar el estudio de la transexualidad y el transvestismo según se ha tratado en el mundo anglosajón. La complejidad del tema y el tratamiento que recibe desde distintas aproximaciones y disciplinas no priva a la presente colección de una intervención disciplinaria específica, como se refleja en el subtítulo del libro, *Antropología, identidad y género*. Asimismo, en la presentación Nieto invita a la antropología hegemónica a desprenderse de sus prejuicios inspirados en representaciones del sujeto, sus deseos y sexualidades, como estable, armónico e inmutable.

*¿Es siempre la identidad de género un antecedente para el rol de conducta? ¿o es la identidad de género más flexible de lo que se ha supuesto hasta ahora y quizá se ve afectada por las reacciones sociales ante un comportamiento desviado?* (Risman, p. 234); *¿en qué medida la incorporación de la transexualidad normativa convierte la demanda de cambio de sexo en un síntoma, mientras refuerza una noción de identidad estable y unitaria propiciando que los programas de reasignación de sexo pasen a ser una nueva herramienta para distinguir al transexual masculino del homosexual afeminado o del travestido* (Billings y Urban, p. 100)?; *¿cómo estas incorporaciones eximen a la medicina de su papel primordial en la construcción de la subjetividad (transexual) descuidando de este modo la importancia histórica de la relación entre la demanda y el desarrollo de aquellas tecnologías médicas específicas que hacen que la transexualidad sea posible* (Hausman, p. 207)?; *¿de qué modo el diagnóstico médico del tipo de «transexual verdadero» privatiza y despolitiza las experiencias individuales de los desequilibrios en el rol de género?* (Billings y Urban, p. 91).

El conformismo y la precariedad institucional imperante en las disciplinas sociales, el regreso del neoconservadurismo social y la hegemonía de los modelos médicos, hacen que este tipo de cuestiones planteadas a lo largo de esta colección sigan siendo vitales para todas aquellas disciplinas y personas interesadas en el estudio de las relaciones de género y sexuales y, por consiguiente, en las relaciones entre las formas de subjetividad y las fuerzas sociopolíticas e históricas.

Los trabajos seleccionados no se han organizado en apartados temáticos, no obstante participan distintamente en la crítica de los modelos médicos, bien examinando sus retóricas y etiologías, por medio de los estudios histórico-antropológicos de las variaciones de género y sexuales, o desde enfoques relacionales de género incluyendo el estudio de sus normativas institucionales y posibles disidencias.



El apartado de la crítica de la tradición médico-psiquiátrica de la identidad documenta la existencia pre-quirúrgica de la transexualidad (Bullough; Fausto-Sterling), el modo en que estos conocimientos y tecnologías normativas también pueden producir *oposiciones innovadoras dentro de las categorías sexuales o de género disponibles* (Hausman, p. 230) cuando las mismas personas que solicitan un cambio de sexo hacen suyas las normativas y requisitos médicos que definen al *transsexual verdadero* (Billings y Urban, p. 100). En esta línea también aparecen reacciones desde la propia metodología, bien sea a partir de técnicas de la teoría razonada que disienten de las clausuras categóricas de los diagnósticos (Ekins) o mediante análisis relacionales, colectivamente situados y organizados. Estos últimos se detienen en el estudio de las retóricas institucionales (Garaizabal) y tecnológicas (Hausman) para resistir la normatividad aparentemente «irreversible» de los modelos médicos, así como de las investigaciones sobre las bases biológicas de la preferencia y actuación sexual (Coleman et al.).

En una segunda área temática se atiende más detenidamente al potencial de cambio que reside en los procesos de *mediación*. Es así que el concepto de identidad concebido por la profesión psicomédica puede igualmente servir a aquellas personas que ven en el término un potencial de autodefinición y agrupación, haciendo lo posible por reconfigurar las categorías sexológicas para aquellos que la profesión médica consideraba «desequilibrados de género» o poner en duda el paradigma ya existente con los medios que la misma medicina facilitaba (como argumenta Garaizabal). También se exploran distintos contextos históricos e institucionales (Fausto-Sterling; Hausman; Warren; Risman) con el propósito de entrever enclaves de resistencia a través de, por ejemplo, grupos de apoyo para la articulación de estrategias comunes de autoafirmación dentro de las comunidades transexuales como es el caso del grupo *Supervivientes Anónimas de la Transexualidad* en EEUU (Warren, p. 343).

Por último, la sección de cuña antropológica reúne trabajos de campo sobre el *xanith* omaní que evidencia que es *el acto sexual, no los órganos sexuales, lo que constituye básicamente el género* (Wikan, p. 280); sobre la figura del *jogappa* en la India, *ni medio hombres ni medio mujeres, sino transgenéricos*, que desafían los confines del control masculino (Bradford, p. 319); y, por último, la *fa'fine* de Samoa, personas que se consideran en su mayoría *como mujeres y creen que los hombres que tienen relaciones sexuales con ellos [sic!] también les ven como mujeres* (Poasa, p.331). La existencia de fenómenos parecidos en otras civilizaciones

lleva a estos estudios antropológicos a dudar que el transgenerismo sea únicamente un fenómeno derivado de la medicalización y de las tecnologías del género. La presencia de la diversidad sexual a lo largo de la historia de occidente también cuestiona el hecho de que el transgenerismo sea solo un fenómeno moderno.

¿En qué medida los trabajos históricos y antropológicos que cuestionan que el transgenerismo sea sólo un fenómeno moderno derivado de la medicalización (Wikan; Bradford; Poasa) sirven tanto para contrarrestar los simplismos deterministas de las investigaciones sobre las bases biológicas de la sexualidad (Coleman et al.) como para legitimar proclamas que conciben la diversidad sexual desde modelos étnico-sexuales? Aunque este tipo de cuestiones no se trata directamente, un tema común en los distintos capítulos son los procesos que discriminan, desde finales del siglo XIX, al heterosexual del homosexual (el sexo verdadero), el hermafrodita verdadero (*herms*) del pseudohermafrodita femenino (*ferms*) y masculino (*merms*), el transexual primario del secundario (el transexual verdadero) y, más recientemente, el transgenerista (verdadero) del transvestido ocasional. Semejantes divisorias llevan a preguntar en qué medida la transexualidad o la transgenericidad, sus múltiples formas y combinatorias, dejan intactos los bordes categóricos de género o los disuelven, y en qué medida estas variaciones están necesariamente vinculadas a los «intereses» y «repudios» que las distintas comunidades sexuales han establecido durante el último siglo con la ciencia médica y sus hallazgos. Una relación entre la ciencia y la subjetividad sexuada tan atractiva como peligrosa en tanto que prometa respuestas certeras a las incertidumbres que la misma ciencia ha contribuido a formular(nos): *¿Cuál es mi sexualidad? ¿Cómo he podido llegar a sentir y desear de este modo? ¿Por qué y en qué medida soy diferente?* <sup>2</sup>.

Mientras el auge de las operaciones de cambio de sexo coincide con el apogeo del Estado de Bienestar en Estados Unidos e Inglaterra, en un momento en el que se reivindica el derecho del médico a solventar las angustias de los pacientes, el transgenerismo por el contrario se desarrolla al amparo del cierre de las Clínicas de Género en EEUU, de las repercusiones de la crisis económica de los setenta y los ochenta además de los cambios demográficos y de las nuevas tecnologías médicas que contribuyen a acentuar las dificultades de financiación sanitaria.

A partir de las nuevas sintomatologías médicas como la «actitud poliquirúrgica», se viene a decir que los transexuales ya operados corren el riesgo de convertirse en adictos a las operaciones, consumi-

tas de la intervención quirúrgica (Billings y Urban). Tales renovadas intervenciones, atenciones y dependencias, conducen a seguir «entendiendo» el modo en que la ciencia *es* y participa *en* la cultura (transgénica). De la misma manera que un solo término acoja un farrago de tensiones y fluctuaciones, como el transgenerismo, difícilmente puede desvincularse de la fábrica del género, pero hoy en día y a fin de cuentas, «fábrica transnacional».

Así muestra el glamour y la fama de Dana International, una «transmujer» israelita, como se define ella misma, vencedora del festival de Eurovisión del 98<sup>o</sup>. Su exitosa irrupción en el espectáculo internacional consiguió pacificar por una hora a la «nación» de Israel, suscitando la atención unánime, bien fuese a favor o en contra, de un cuerpo nacional tan milenarista como intervenido y *disfórico*. El fenómeno transgénico, en el caso de Dana, sugiere la posibilidad de comprender la sexualidad y sus distintas formas como eventos indistinguibles del contexto social y de las dinámicas más amplias, y el modo en que en el Estado liberal *el ejercicio del poder, la violencia, no adopta predominantemente la forma de la represión cuanto de tecnologías sutiles, calculadas, de sometimientos; es decir, se transforma en una instancia productiva*<sup>3</sup>.

Pero, volviendo a la colección de trabajos que nos ocupa, sorprende que, siendo (como parece) el propósito deconstruir categorías universales, dicotómicas y el fijismo sexual predominante por medio de aproximaciones relacionales y más atentas a las diferencias individuales y transculturales que a las tipologías y las fronteras, se destaque, como hace el capítulo de Nieto, el protagonismo del sujeto deseante, al plantear que *las acciones humanas están motivadas por deseos y fines individuales* y de ahí *la necesidad de enfatizar la identidad de la persona deseante, ante la identificación (también deseante) del observador* (Nieto, p. 19). Este desliz de individualismo deseante/alarmante, fuera del tono general de la colección, en lugar de decepcionar al posible lector/a nos pone al tanto de las múltiples tendencias, intereses y visiones que merodean el juego y los regímenes transgénicos. Tercia pues, una vez más, dejar de abstraer las economías libidinales, los deseos y sus inscripciones corporales, las nuevas permisividades médico-sociales, de las dinámicas disciplinarias, institucionales y transnacionales a la hora de abordar los retos que plantea el transgenerismo. Y desde esta perspectiva cabría igualmente preguntar: ¿A qué se debe que, por ejemplo, las intimidades de Pedro J. Ramírez, las actuaciones de la cantante «transmujer» Dana International o que un reducido grupo de co-ciudadanos del madrileño barrio de Chamberí, con el apoyo de dos drag-queen, manifestándose a las puertas de Manzano,

susciten tanto revuelo y sensacionalismo? O ¿cómo explicar que el Nuevo Gobierno Laborista de Tony Blair cargado con sus «Terceras Vías» decidiese censurar al Teletubbie, *Twinki-Winki* (el del bolsito), para evitar de este modo exponer a sus infantes a modelos de sexualidad ambiguos justo cuando el mismo gobierno hacía alardes de cuántos de sus Miembros del Parlamento decidían salir del armario? ¿Qué mirada adoptar desde la imaginación sociológica para comprender las correspondencias, vicisitudes y dinámicas institucionales e internacionales, además de disciplinarias, que acompañan, maquillan y escenifican las muchas fluctuaciones y variantes de género, sin por ello limitarnos a contrarrestar los consabidos y emergentes gobiernos psico-médicos y psicobiológicos? En definitiva, ¿sería viable actualmente comprender las prácticas, teorías y gestiones de la diversidad desoyendo las correspondencias y procesos compartidos entre las gestiones individualizantes, nacionalistas y transnacionalistas?

Los textos de esta colección no abordan este tipo de preguntas, si bien algunos de sus capítulos inciden en las relaciones entre las formas de gestión de la sexualidad y el surgimiento del Estado Moderno o en el modo en que nuestras tan personales e íntimas sexualidades están igualmente vinculadas a aparatos ideológicos y socio-políticos. La mayoría de sus capítulos tampoco se detienen en abordar las relaciones entre los eventos transgénicos, el sensacionalismo y el glamour mediático y «espectacular» que les rodea en un momento que *natura* es más fácilmente modificable que *nurtura*, en una era en que los genes se ingenian y los cuerpos se fabrican, en un momento en que Internet y el Proyecto del Genoma Humano saturan nuestros imaginarios sociales con falsas promesas democratizadoras y nuevas eugenesias democráticas pre-natales<sup>4</sup>.

Es responsabilidad de la imaginación social y sociológica conferir al fenómeno transexual y transgénico su merecida importancia sin por ello tener que recurrir a lógicas identitarias ni reflexiones individualizantes. Supone igualmente un reto para el estudio de otros fenómenos y dinámicas sociales apreciar el modo en que el transgenerismo no acepta abstraer sus posiciones de las leyes y economías libidinales ni de mercado, y por tanto, permite a través de su estudio la comprensión de dinámicas institucionales y transnacionales (como la migración de cuerpos y ambigüedades que permiten las redes de prostitución europeas donde los «travestís» brasileños, también conocidos como los «chicos del Brasil», son muy cotizados), desviando y desplegando así miradas más amplias, lejos de la reflexividad personal, científica o *voyeurismo* estructurados y estructurantes.

## NOTAS

<sup>1</sup> Entrevista con R. A. Stone, «Bait and Switch with Sandy Stone», *Mondo*, 1992, p. 57.

<sup>2</sup> Para ampliar esta línea de pensamiento, véase Jennifer Terry, «The Seductive Power of Science in the Making of Deviant Subjectivity», en Vernon A. Rosario (ed.) *Science and Homosexualities*, Nueva York/Londres: Routledge, 1997, p. 271-298.

<sup>3</sup> J. Varela y F. Álvarez-Uría, *Sujetos frágiles: ensayos de sociología de la desviación*.

Madrid: Fondo de Cultura Económica., 1989, p. 32.

<sup>4</sup> Véase, como ejemplo de estas nuevas democracias eugenésicas, el libro de S. LeVay *Queer Science: The Use and Abuse of Research into Homosexuality*, Cambridge: MIT Press, 1996 y D. Hamer y P. Copeland, *The Science of Desire: The Search for the Gay Gene and the Biology of Behavior*. Nueva York: Simon & Schuster, 1994.

**Ángel J. Gordo López**

# Investigadores e investigados: Literatura antropológica en España desde 1954

Prat Joan (coordinador)

Tarragona. ARXIU d'Etnografia de Catalunya, Edició especial. 1999

En 1986, el Arxiu d'Etnografia de Catalunya (n.º 4-5) publicó con el título *Trenta Anys de literatura antropológica sobre Espanya*, una muy interesante «puesta al día» de la bibliografía antropológica que hasta entonces se había realizado en nuestro país. A esta bibliografía se unió una elaborada lista de antropólogos, tanto nacionales como extranjeros, que habían trabajado en España. Se trataba de crear un directorio de profesionales ligados a la antropología hispánica. El equipo de investigación (también entonces coordinado por Joan Prat) entró en contacto con las personas censadas en algunas de las asociaciones de antropólogos y en los listados personales del coordinador. El volumen resultante era algo más que una actualización, pues también se incluyó un prefacio y una introducción (en inglés catalán y castellano) que daba cuenta del desarrollo institucional de la antropología en los pueblos de España. Para ello se había contactado previamente con un grupo de profesionales que informaban sobre sus respectivas áreas geográficas, tomando como punto de partida el emblemático trabajo de Pitt-Rivers (1954) *The Fleople of the Sierra*.

Así, Prat y su equipo construyeron una base de datos con publicaciones referidas a la antropología social y cultural, dejando de lado otros trabajos de antropología física, biología, arqueología o historia. También quedaron excluidos los trabajos de

americanistas y africanistas especialidades que practicaban un importante grupo de antropólogos. Con las limitaciones propias de la época, este trabajo supuso un serio esfuerzo para dar a conocer a la comunidad en general el panorama existente en el escenario antropológico (en el sentido de su producción bibliográfica). Al mismo tiempo analizaban con registros fiables cuáles habían sido los principales objetos de estudio de los antropólogos y los paradigmas implicados en los análisis. Sin embargo, una parte importante de la información fue elaborada a través de una encuesta realizada por el equipo que no fue respondida por todas personas, una constante que se repetirá después. De esta manera se pudo describir el mapa de institucionalización académica en 1986 y ver como ya, en esta época, se perfilaba el protagonismo de algunas provincias y universidades en detrimento de otras.

Otro hito importante fue el realizado en 1992 cuando Joan Prat dirige y coordina el número 2 de *Las Ciencias Sociales en España. Historia inmediata, crítica y perspectivas* dedicado a *Antropología y Etnología*. Basándose en anteriores publicaciones («Introducción» en *Antropología de los Pueblos de España* y «Reflexiones sobre los nuevos objetos de estudio de la antropología española» en *Los españoles vistos por los antropólogos*), Prat describe el desarrollo institucional de la antropología española en tres periodos históricos: 1939-1972; 1973-1977 y 1978-1991. Aunque puedan parecer arbitrarias, estas fechas no fueron escogidas al azar. En 1973 se realiza la «Primera reunión de antropólogos Españoles» en Sevilla y en 1977 el I Congreso de Antropólogos españoles. Según indica el autor, en ambos encuentros y a pesar del escaso tiempo transcurrido, se establecieron nuevos objetivos para los antropólogos y se desarrollaron nuevas iniciativas institucionales en el devenir de la antropología española.

El presente volumen es una edición especial (1999) del Arxiu d'Etnografia de Catalunya que lleva por título *Investigadores e investigados: literatura antropológica en España desde 1954*. También ha sido realizado por un equipo de investigación coordinado por Joan Prat. Esta publicación es, pues, una continuación de la anterior aunque incorpora nuevos aspectos. Actualiza la información en una época clave para la antropología española, en un momento de grandes retos y cambios, habida cuenta de la importancia de la nueva licenciatura en antropología social y cultural en los planes de estudios de varias universidades españolas.

Este trabajo tiene un doble mérito. En primer lugar elabora una estructura más amplia que el anterior. En los tres grandes apartados *Estudio Preliminar*, *Bibliografía e índices*, se cuenta con una

explicación que permite comprender rápidamente como se han elaborado, cuáles fueron las fuentes utilizadas y el orden en que se han estructurado. En segundo lugar, la selección de los antropólogos reseñados que se señala en una pequeña nota al margen (estar en posesión del título de doctor o haber escrito un libro). A través de la temática se puede comprender la evolución de los intereses que han predominado en determinados momentos en la antropología hecha en España.

En principio, la información recogida por el equipo coordinado por Joan Prat ha seguido una estrategia sencilla en su planteamiento y eficaz en sus resultados. Se comenzó por «elaborar un directorio» completo de los autores con los cuales, a su vez, se fue contrastando la información para su posterior elaboración y estructuración. La elaboración de este «directorio de autores» se realizó vaciando varios ficheros y «registers» comenzando con el *Trenta Anys de Literatura Antropológica sobre Espanya* (antes señalado), varios ficheros profesionales y actas de coloquios o congresos. (FAAEE, 1996; Consejo de Universidades. Secretaría General, 1998; EASA, 1997; VI y VII Congreso de Antropología, 1993 y 1997). A estas fuentes se han agregado los datos provenientes del *Directorio de Investigadores de la Antropología, Etnología y Folklore de España* de Ascensión Barañano, María Pía Timón y Juan Manuel Valdés publicado en *Etnografía Española* (1993).

Una vez elaborada la lista de autores, se consultó a los «asesores informantes» integrados en diferentes instituciones universitarias y ámbitos geográficos. El equipo de trabajo puso una fecha (30 de Junio de 1997) para la recepción de los currículums y a partir de esa fecha se elaboró el informe final.

El primer apartado, el llamado «Estudio Preliminar» consta de cuatro secciones: *Bibliografía, Grupos e Instituciones Antropológicas en el Estado Español, Los objetos de estudio en la antropología española (1954-1998)* y los *Apéndices*. En *Grupos e Instituciones Antropológicas en el Estado Español* y *Los objetos de estudio en la antropología española* es donde el equipo investigador traza un bosquejo de las principales características de la antropología hispánica. En *Grupos e Instituciones* se describe la manera como surgen los diferentes Departamentos de Antropología y el peso que en ellos han tenido distintos antropólogos, como es el caso de Carmelo Lisón Tolosana en Madrid o de Claudi Esteve Fabregat en Barcelona. De hecho, con la institucionalización de la disciplina en esos lugares se inicia un recorrido por las diferentes Comunidades Autónomas indicando los Departamentos de Antropología existentes, las personas incluidos en ellos, si imparten o no licenciatura y el

título de los programas de doctorado que ofertan. También están reseñadas las publicaciones y revistas ligadas a estos departamentos y, en algunos casos, las personas que ejercen la dirección de las mismas. No pasan inadvertidos aquellos espacios institucionales no académicos como los museos, institutos de investigación, etc., que tienen sus propias publicaciones y desarrollan una labor divulgativa. De igual manera están recogidas las principales publicaciones que refrendan la actividad extra-académica que, en forma de encuentros y congresos, son realizadas con cierta periodicidad. Baste señalar aquí que las Comunidades Autónomas son las de Madrid, Andalucía, Catalunya, País Vasco, Galicia, Islas Canarias, Comunidad Valenciana; hay una mención a la escasa institucionalización en Castilla y León y Castilla la Mancha y un breve repaso a la situación en Asturias, Cantabria y Aragón para acabar con el panorama en Baleares, Murcia, Extremadura y La Rioja.

En *Objetos de Estudio de la Antropología Española (1954-1998)* se realiza una síntesis de las principales investigaciones realizadas a partir de la obra de Pitt-Rivers (1954). A continuación se señalan las monografías de «comunidad» realizadas por otros dos antropólogos de Oxford: Michael Kenny (1961) y Carmelo Lisón (1966). No escapa al análisis la importancia que tuvo la temprana afluencia de doctorandos norteamericanos a España con Susan Tax Freeman (1970) Douglass (1970), Aceves (1971), Christian (1972), entre otros. Frente a esta importante producción extranjera —escrita en inglés— de estudios antropológicos de comunidades españolas, se indican las primeras monografías publicadas en castellano por españoles: Lisón (1971), Moreno (1972), Luque (1973), Mira (1974), García (1976). También se tiene en cuenta lo que, de forma paralela, sería otro de los objetos de estudio de los antropólogos en España: los campesinos. Haciendo hincapié en la influencia ejercida por Redfield y Wolf en el mundo académico y en la tradición local (que se remontaba a los estudios de Joaquín Costa) se realizan las primeras tesis doctorales, algunas no publicadas sobre campesinos: Terradas (1973), Frigole (1974) Contreras (1976), Prat (1976) Pujadas (1977). El tercer tema objeto de estudio en estos inicios de la antropología hispánica está ligado a los llamados «grupos marginales» o «pueblos malditos». Aquí destacan los trabajos de Cátedra (1972, 1979, 1988, 1989), de Susan Tax Freeman (1979) San Roman (1975, 1976, 1984), Moore (1977) Juan y Eva Laub (1987) Marquina (1976) y Melis (1976). Los investigadores que centran su trabajo en España se ven influenciados por la aparición de estudios ligados a la identidad y a la antropología urbana, dos campos que confluyen con la apari-

ción del Estado de las Autonomías, lo que en palabras del equipo (Prat, 1999:42) «se producían en un terreno abonado para la reflexión política sobre las identidades culturales, la etnicidad y el nacionalismo, ya que eran precisamente estos temas los que movilizaban la geopolítica mundial y los que generaban un mayor número de conflictos que afectaban el orden internacional, el estatal y el regional-local». En este clima de nuevas expectativas es cuando se «descubre» o se rescata la tradición folklórica quedando la «confluencia de intereses» plasmada en la contribución realizada por el número de antropólogos, nada despreciable, que han recogido e historiado las más diversas tradiciones folklóricas de nuestro país. Otro objeto de estudio está ligado a la llamada «cultura popular» cuyo impulso estuvo determinado por la investigación realizada en el campo del folklore y el mundo de la fiesta, que a la salida del franquismo era «percibida como un espacio de libertad y de *communitas*» además de generar «un ambiente creador o reforzador de identidades grupales comunitarias, y ello tanto en el ámbito rural como en el urbano». No es de extrañar, por lo tanto, que la fiesta sea el objeto de estudio emblemático en los 80 (Prat, 1999:44) generando un nuevo y considerable conjunto de estudios: Prat y Contreras (1979), Fribourg (1980), Roma (1980), Velasco (1982), Rodríguez Becerra (1982, 1985), entre otros. En la antropología urbana adquieren relevancia las monografías realizadas sobre los nuevos grupos marginados que, asentados en torno a las ciudades, son una consecuencia del cambio social y económico que se había empezado a fraguar en los años 60. Los estudios de Esteve (1984) y Molina (1984) ponen de manifiesto el interés por nuevas formas de análisis, que también estarán presentes en los estudios de Romaní (1983) sobre las drogas, las instituciones asistenciales en Comelles (1979), la antropología de la medicina en Kenny y De Miguel (1980), la antropología del género en Del Valle (1985), la antropología de las edades en Feixa (1987), y el asocianismo en Cucó (1991), entre otros.

Los *Apendices* de este primer apartado «Estudio Preliminar» dan una idea de la información adicional que es posible encontrar en esta publicación: *Panorámica general de la Antropología Social y Cultural, Departamentos o áreas de Antropología social, Asociaciones federadas, Centros de investigación Museos y otras instituciones, Revistas de Antropología/Etnología, editoriales con colecciones especializadas y publicaciones colectivas de la última década.*

En suma, el estudio realizado por el equipo muestra la situación global de la investigación en antropología como actividad profesional, teniendo

como marco al Estado Español, y describe el proceso histórico que ha acompañado su crecimiento. Una de las conclusiones implícitas de este trabajo (comparado con el publicado en 1986) es que la antropología española ha aumentado en tamaño y de una manera considerable. No sólo se ha avanzado en el proceso de institucionalización académica, sino que ha aumentado lo que podríamos llamar la «presencia editorial» que ha permitido su presencia en diversos ámbitos de la sociedad española.

Al contextualizar histórica, política y socialmente los datos aquí ofrecidos, este estudio permite comprender la manera cómo se han ido elaborando los diferentes objetos de estudio de la antropología en España y la forma en que estas investigaciones han ido tomando cuerpo, bien en forma de tesis doctorales, bien en forma de monografías, libros, artículos o conferencias. Llama la atención la gran cantidad de registros manejados (cerca de 8.000 según los autores) y la eficiente manera en que son presentados al lector. El trabajo de todo este equipo queda patente en la facilidad con que pueden ser buscados aquellos datos que cualquier investigador desee comprobar o sencillamente conocer. La propia estructuración del trabajo permite rápidamente relacionar los datos y los autores, algo necesario para comprender las diferentes posturas existentes en el seno de una misma comunidad científica. Por otra parte, y no es de extrañar dada la experiencia de investigación de Joan Prat sobre la historia de la antropología española, este trabajo resulta esclarecedor a efectos de situar los diferentes momentos, objetos e incertidumbres que han estado presentes en los investigadores que han realizado su trabajo sobre España. Y también se intuyen los retos de la disciplina que se vislumbran en un futuro cercano.

Me gustaría plantear unas sugerencias. En primer lugar deberían indicarse datos personales tales como lugar y fecha de nacimiento y, en su caso, fecha de defunción (Caro Baroja, Alberto Cardin). En segundo lugar (teniendo en cuenta que uno de los filtros era estar en posesión del título de doctor) creo que hubiera sido conveniente reflejarlo claramente en el currículum del investigador junto a datos como su publicación –o no–, año de realización, título de la tesis e intereses y área de estudio.

Dado que el equipo investigador proviene de un prestigioso Departamento de una Universidad Catalana (Rovira i Virgili de Tarragona) esta compilación, muy exhaustiva en el ámbito catalán, tal vez lo sea menos en otros lugares más distantes. Esto es comprensible por cuanto el equipo que ha realizado ese trabajo ha dependido, en un buen grado, de las respuestas de los distintos antropólogos no siempre bien cumplimentadas. Esta manera de solicitar información también establece la diferencia entre

distintos autores y los artículos incluidos en esta selección que van desde trabajos extensos a artículos divulgativos (en algún caso de 1 ó 2 páginas).

Por último, quiero destacar el buen trabajo llevado a cabo por el equipo compuesto por Yolanda Bodoque, Mariana Queralt, Izaskum Uzkudum, Montserrat Marcé, el técnico informático Pedro

Marta y al coordinador Joan Prat, pues la complejidad de esta investigación ha sido resuelta de una manera brillante, original y al mismo tiempo práctica, algo que no suele ser lo habitual en este tipo de trabajos.

**Leopoldo Llana Fadón**